

Tradición y modernidad: una reflexión sobre la dinámica del desarrollo internacional

Henrique Rattner*

El tema propuesto para la discusión nos permite incursionar en las dimensiones históricas, filosóficas y psicosociales del desarrollo, una cuestión problemática que, cada vez más, monopolizan economistas y administradores en busca de una receta o un modelo mágico para reiterar el éxito de la reconstrucción japonesa de posguerra y, en consecuencia, el avance espectacular de las economías del Lejano Este. El "milagro" japonés se atribuye generalmente a ciertos rasgos culturales de la sociedad japonesa, al producto y al legado de una historia milenaria de aislamiento respecto del resto del mundo. Por lo tanto, se deduce que el sistema educativo nacional y el énfasis en la disciplina y la obediencia, basadas en un profundo respeto hacia las autoridades constituidas, habrían propiciado la formación de un *ethos* grupal que reforzó la identidad y la solidaridad nacionales.¹

Los atributos en cuestión se consideran características de un grupo étnico y el resultado de un "carácter nacional" único, conformado a través de siglos de historia a lo largo de los cuales ese pueblo fue supuestamente impermeable a las influencias externas.

Los debates sobre la relación entre cultura y personalidad atraviesan la historia de las ciencias humanas a lo largo de este siglo, desde *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Max Weber, hasta *El cisne y el crisantemo*, de Ruth Benedict y las investigaciones llevadas a cabo por Margaret Mead, A. Kardiner y C. du Bois, B. Malinowski y otros, sobre grupos étnicos caracterizados por su relativamente limitada cantidad de miembros y que, debido al aislamiento geográfico

* Departamento de Economía. Facultad de Economía y Administración, Universidad de San Pablo, Brasil.

¹ ¿Podrían tales características constituir un conjunto de factores capaces de transformar al Japón en un poder hegemónico del siglo XXI, tal como lo fuera Gran Bretaña en el siglo XIX y los Estados Unidos en el siglo XX?

y a ciertos rasgos específicos de su organización social, habrían desarrollado una "personalidad básica" compartida por todos sus miembros y que los diferenciaría de otros grupos étnicos. Este concepto y la evidencia empírica sobre la que se funda deberían discutirse con mayor amplitud y profundidad. Lo que sin embargo parece cuestionable es el establecimiento implícito de una relación causal y lineal en la explicación del crecimiento económico japonés, coreano, etc., que se vale de ciertas características psicosociales (valores y modelos de conducta) al tiempo que ignora las condiciones histórico-estructurales de esas sociedades y sus conflictos de poder internos y externos.

Entonces, ¿cómo se puede explicar el "milagro" alemán, el italiano y tantos otros ocurridos en el período de posguerra? Y, por otro lado, ¿por qué los atributos de la personalidad o el carácter nacional estarían tan desigualmente repartidos entre los pueblos del mundo? ¿Acaso otros grupos y nacionalidades pueden aprender, incorporar y asimilar esos modelos de cultura? Y, en ese caso, ¿cómo podría explicarse la poco edificante y mediocre trayectoria de las élites latinoamericanas?

Este abordaje cartesiano del "milagro" japonés se complica aun más por el hecho de que, antes de la Segunda Guerra Mundial, y en medio de una recesión económica, los empresarios japoneses despidieron su mano de obra sobrante, tomando igual actitud que la de sus pares norteamericanos y europeos. Más aun, debe observarse que las nuevas actitudes y prácticas de las empresas japonesas forman parte de una estrategia de negocios innovadora, aprendida, incorporada y desarrollada por esas compañías en una circunstancia histórica particular (guerra fría, un parque industrial devastado, ocupación norteamericana y reforma agraria) mucho antes que sus competidores del hemisferio occidental.

El intento por interpretar estos fenómenos aparentemente contradictorios nos abre una nueva perspectiva sobre la historia de la humanidad, diferente de la que predomina en los círculos académicos e intelectuales de Occidente.

Adoptada y defendida tanto por cultores de izquierda como de derecha, por revolucionarios y conservadores, la perspectiva positivista de la evolución, que postula estadios lineales e irreversibles, no dilucida los movimientos cíclicos de la historia a través de los siglos, con períodos de altas y bajas, de expansión y florecimiento, que alternan con otros de retracción y decadencia. Así, por ejemplo, las civilizaciones china e islámica tuvieron períodos de expansión y dominación hegemónica, seguidos por fases de luchas internas, de desmembramiento del imperio y

declinación económica y cultural, en comparación con otros centros dinámicos que emergían en diferentes regiones del mundo.

Analizando la trayectoria de la civilización occidental, desde sus orígenes en las costas del este del Mar Mediterráneo hasta el establecimiento de su polo más dinámico en las costas del Atlántico, donde tuvo lugar la compleja organización de las sociedades urbanas e industriales, tenemos que concluir que las transformaciones ocurridas en las últimas décadas indican indiscutiblemente que el eje principal de las transacciones comerciales, financieras, tecnológicas y, finalmente, de las relaciones geopolíticas está deslizándose hacia el Pacífico y su centro gravitacional es Japón y, en medida creciente, también China continental. Cuando se produzca la temida alianza entre el capital y la tecnología japonesas por un lado y los recursos humanos y naturales de China, por el otro, habrá comenzado un nuevo capítulo de la historia de la humanidad.

Estas reflexiones también nos invitan a especular sobre el destino de la humanidad y su capacidad para superar las dificultades creadas por las distorsiones del modelo o paradigma puesto en práctica y propagado por el capitalismo occidental. El nuevo paradigma de organización y administración institucional y corporativo y la subsecuente reestructuración de los procesos del trabajo, ¿será la respuesta a la profunda crisis que padece la sociedad capitalista, incluso tras el colapso del socialismo? Lejos de señalar el "fin de la historia", el nuevo contexto presenta desafíos y oportunidades sin precedentes, con la emergencia de nuevos actores sociales que ocupan la escena y el debilitamiento de otros que fueron alguna vez poderosos.

Sobre el fin del siglo, las expectativas surgidas a raíz de la búsqueda de un nuevo orden mundial basado no solamente en un tratamiento más racional de los recursos ambientales sino, sobre todo, en formas más éticas de proveer y asegurar la existencia y supervivencia de la especie humana, parecen disminuir, a la luz de las tendencias contradictorias y conflictivas que caracterizan a las sociedades contemporáneas actuales. ¿Cuál será el destino de la democracia ("nuestro futuro común") si una porción cada vez mayor de la población mundial se torna inútil para el proceso de producción y, por lo tanto, no tiene acceso a los bienes y servicios básicos, a la información y a la cultura?

La crisis económica y las manifestaciones cada vez más comunes de inconformismo y anomia social han llevado a casi todas las sociedades a un atolladero político, incluso a aquellas que han sido capaces de lograr bienestar para la mayoría de su población, en tér-

minos de estándares de consumo. Considerando la creciente escasez de recursos, los conflictos en torno a la distribución están, una vez más, en el candilera. La distribución de los recursos, la determinación de los modelos de consumo y el señalamiento de las prioridades en términos de inversión de recursos fueron tareas tradicionalmente realizadas por el estado, llevadas a cabo por una burocracia civil y militar que poseía su propio *ethos*, distinto del *ethos* del resto de la sociedad.

Sin embargo, como consecuencia de la prolongada recesión económica que se ha extendido a todos los países dentro del sistema, los espacios de descontento, las demandas y revueltas han quedado fuera del control de los aparatos de estado o de las burocracias de los partidos políticos tradicionales. Perdidos su poder de regular y arbitrar en los conflictos sociales y su credibilidad, a causa de los innumerables casos de corrupción activa y pasiva, el estado se ha vuelto más débil y se ha tornado objeto de disputa de los actores sociales más dinámicos. La ideología neoliberal y las prácticas de desregulación y privatización de las empresas del estado constituyen claras demostraciones de la declinación del poder del estado y de la desorganización de la administración pública que gradualmente está permeando a todas las sociedades. Subrayar el "éxito" de los "dragones" orientales como un ejemplo parece ser, bajo esas circunstancias, un error extemporáneo. Esos países, a través de su trayectoria de crecimiento económico, no se han distinguido especialmente por su respeto a los derechos humanos, a las libertades sindicales y a la participación democrática de sus poblaciones. Intentar aplicar sus regímenes autoritarios en el contexto histórico actual tendría como resultado una incontrolable ola de protestas y conflictos políticos e industriales.

Si queremos rescatar algo de la experiencia de esos países, es más útil prestar atención a su elección de prioridades con respecto a las políticas económicas. Esto es, el énfasis que han dado al desarrollo de los recursos humanos, al afianzamiento del sector científico-tecnológico y a las intervenciones estratégicas selectivas en la conducción de la economía.

El nuevo paradigma técnico-económico y su impacto sobre la organización y la administración de los procesos de trabajo

Debemos enterrar de una buena vez el mito de que los bajos salarios y el deterioro de las formas de vida de las fuerzas de trabajo facili-

tan el desarrollo. La "ventaja competitiva" favorece a aquellas sociedades que supieron construirla mediante un permanente esfuerzo colectivo guiado por el propósito de mejorar y calificar su fuerza de trabajo. En el mundo actual de la globalización y la interacción, el problema central sigue siendo "cómo se puede tener éxito en motivar a los trabajadores", sin lo cual el equipo más sofisticado será ineficaz.

La calificación y el eventual reciclaje de los trabajadores desempeña un papel central en la búsqueda de mayor eficiencia y calidad dentro de las empresas. Sin embargo, el logro de estos objetivos es consecuencia de la confianza y la dedicación de los trabajadores respecto de la empresa, en la medida en que ésta les transmite mayor seguridad y les brinda apoyo en sus planes para el futuro. Incrementar la creatividad y la innovación para mejorar la productividad supone orientarse conscientemente hacia la realización colectiva, basada en la lealtad hacia los colegas y la solidaridad dentro de la organización.

Paradójicamente, la mayoría de las instituciones en nuestra sociedad enfatiza y estimula el individualismo y la competitividad, en detrimento de la cohesión y la armonía general. El sistema de toma de decisiones (*ríngi seido*) adoptado por las compañías japonesas, aunque lento y aparentemente ineficiente, busca crear consenso, compromiso y motivación colectiva, dando como resultado "ventajas socialmente construidas".

Tomando en cuenta sólo las páginas del balance comercial, las sociedades que aprendan esta lección se beneficiarán en sus transacciones con el resto del mundo.

La cuestión del desarrollo sustentable, sin embargo, trasciende los aspectos tecnológicos, financieros y comerciales sobre los que ponen mayor énfasis las organizaciones financieras internacionales en sus recomendaciones a los países en desarrollo.

En el escenario de globalización emergente, los conglomerados y las corporaciones transnacionales se revelan como los actores principales. Su escala y variedad de productos y servicios supera ampliamente la capacidad de los mercados nacionales -incluso los más ricos y dinámicos- para absorberlos. Organizando la producción y las transacciones comerciales y financieras en una escala transnacional, las grandes corporaciones dominan y controlan efectivamente la economía mundial, al tiempo que disminuyen constantemente las opciones y la capacidad de los respectivos gobiernos nacionales para implantar políticas industriales, agrícolas y tecnológicas.

Las corporaciones transnacionales basan sus decisiones sobre invertir o no invertir y transferir sus medios de producción y otros ac-

tivos, en una estrategia globalizante que les permite sacar provecho de las zonas de mercado cautivo (CEE, Nafta). No tienen peso alguno en el proceso de toma de decisiones ni las necesidades y expectativas de los miembros más carenciados de la población, ni los problemas ambientales creados por las actividades productivas. Por lo tanto, la reestructuración de la economía mundial y la subsiguiente redistribución de los recursos productivos dentro de los territorios denominados "nacionales" define el perfil y el flujo del comercio y las inversiones extranjeras tanto como la transferencia de tecnología. ¿Cómo se pueden calcular los superávits y los déficits de las transacciones entre países, cuando la mayor parte del comercio internacional se procesa dentro y entre las corporaciones transnacionales? ¿Cómo se puede formular e implantar un plan de desarrollo "nacional" si las decisiones relativas a inversiones o desinversiones dependen cada vez más de los intereses y cálculos financieros de entidades privadas, guiadas y conducidas por una lógica diferente de la expresada en los contratos sociales, entre socios que se encuentran en términos de relativa igualdad en la medida en que su poder e influencia están en juego?

A pesar del crecimiento incuestionable de la economía mundial y, particularmente, de los países del Lejano Este durante las últimas décadas, debemos señalar los efectos de polarización y exclusión y el consiguiente agravamiento de los conflictos internos y regionales. El hambre, el desempleo, las migraciones masivas y una interminable escalada de violencia configuran el escenario de desolación y crisis que atraviesa todas las esferas y clases sociales. La frustración y la adhesión desesperada o incondicional y fanática a movimientos mesiánicos y fundamentalistas reflejan el estado de espíritu de las masas, la brecha entre las expectativas y aspiraciones acariciadas a lo largo de décadas y la cruda realidad de la crisis que se expande, así como sus efectos destructivos en la conducta individual y colectiva. Contra este trasfondo y sus perspectivas y a la luz de las tendencias hacia una globalización y polarización crecientes, debe discutirse la cuestión de la trayectoria futura de la economía y las sociedades del Lejano Este, incluyendo a Japón y China.

¿Sustituirá el "toyotismo" al "fordismo" como paradigma de organización corporativa y de gestión del proceso de trabajo?

Existen pruebas que nos llevan a cuestionar las apologías y recomendaciones de los tecnócratas en favor del "modelo" japonés. Sin duda, la integración sistémica, la flexibilidad respecto del equipamiento y de los trabajadores, las innovaciones incrementales y el modelo

de relaciones industriales establecidas en las compañías japonesas representan un avance notable comparados con los "sudaderos" de la era "fordista".

Pero las bases objetivas de la prosperidad y expansión de la economía japonesa tienden a debilitarse en la medida en que sus más importantes y poderosas compañías se ven obligadas a multiplicar y descentralizar sus inversiones en una escala global siguiendo los modelos de conglomeración y centralización del capital. Las inversiones extranjeras japonesas (Estados Unidos, CEE y algunos países elegidos de entre los nuevos países industrializados) han tenido repercusiones negativas en el mercado de trabajo nacional, debido a la disminución de las oportunidades de empleo. Y aun más, la importación de mercaderías industriales japonesas ha comenzado a padecer la competencia de los "recién llegados", cuya fuerza de trabajo, aunque diligente, es más barata, mientras que sus productos están realizados con tecnología cedida por las mismas compañías japonesas. Con apoyo gubernamental, Japón abrió sus puertas al mundo exterior, redujo las horas de trabajo y cambió los patrones de comportamiento con el propósito de incrementar el consumo y el tiempo libre. Estas medidas tienden a provocar una merma en la ganancia y, por lo tanto, una disminución de los ahorros y las inversiones, que han sostenido los esfuerzos de reconstrucción y expansión a lo largo de los últimos cuarenta años. La expulsión y repatriamiento de miles de *dekaseguis* -trabajadores contratados entre los *nissei* y *sansei* brasileños- es una señal, con respecto a la economía japonesa, de los duros días por venir.

El incremento y la intensificación de las exportaciones de capital destinadas a inversiones en China, Indonesia y otros países del Lejano Este puede minimizar, pero no soslayar, los efectos de la crisis general del sistema capitalista. Esta no es una simple crisis de la economía en una coyuntura particular. Sus raíces se encuentran en el núcleo mismo de la estructura y en el modo de funcionamiento del sistema y parecen indicar la ruptura del Estado de Bienestar y, por ende, las concesiones otorgadas a los trabajadores. Estos, sin embargo, no aceptarán más esquemas encubiertos de co-opción en lugar de un real régimen democrático, condición *sine qua non* de un desarrollo sustentable.

Desarrollo no significa solamente la reducción gradual de la desigualdad y la pobreza hasta su total eliminación, sino también la democratización de los procesos de toma de decisión en talleres y fábricas, en instituciones nacionales e internacionales, con acceso a

Henrique Rattner

información relevante, disponible para todos aquellos que están vinculados a esas organizaciones. Esta es la única manera de movilizar y motivar a la población en su totalidad y, en particular, a los jóvenes que buscan una misión y una tarea que, de ser cumplidas, pueden darles no solamente beneficios materiales sino, sobre todo, dirección y sentido a sus vidas.